Uno tiene un puñado de recuerdos y anécdotas de su infancia grabados a fuego en su memoria. No se sabe muy bien el motivo, pero hay días, momentos, que uno conserva en el disco duro de su mente y recuerda como si fueran ayer.

En mi caso, puedo detallar con pelos y señales la mañana del domingo 13 de diciembre de 1992. Ese día, cuando contaba con 9 años de edad, me encontraba en la salita de mi primera casa. Andaba trasteando con un catálogo de juguetes, la Navidad estaba a la vuelta de la esquina y era el momento de ir preparando la carta a Papa Noel y los Reyes Magos. El futbolín electrónico de Butragueño, un par de GI-JOE, un HE-MAN y, por supuesto, un balón de fútbol nuevo.

En esas estaba cuando de repente en la televisión se escuchó la voz del mítico José Ángel De la Casa dando las alineaciones de Sao Paulo y FC Barcelona. Faltaba poco para las 12:00 de la mañana en España y aquel partido me pilló descolocado. Mi padre y el propio locutor me explicaron que se trataba de la final de la Copa Intercontinental que enfrentaba al campeón de la Copa Libertadores contra el campeón de la Copa de Europa.

Inmediatamente solté el catálogo de juguetes y me puse a dos palmos de aquel viejo televisor para ver aquel espectáculo. Los futbolistas del Barcelona los tenía bien controlados: Zubizarreta, Ronald Koeman, Michael Laudrup, Jose Mari Bakero, Hristo Stoichkov… Sin embargo, los del Sao Paulo los conocí aquella mañana.

Un tal Raí, que más adelante descubriría que era hermano de Sócrates, destacaba como una de las grandes estrellas del conjunto brasilero. En banda derecha jugaban Vitor (que llegaría al Real Madrid poco después y se convertiría en uno de los peores fichajes de la historia del club), y Cafú. Casi nada.

Bien pronto el Barça se adelantaba en el marcador con un gol del Hristo Stoichkov. Mi padre, madridista empedernido, se lamentaba desde el sofá. El búlgaro no era, ni mucho menos, santo de su devoción. Sin embargo, para alegría suya, los brasileños le dieron la vuelta al marcador y se llevaron la victoria con un doblete de Raí en la segunda parte. El Sao Paulo, cuyo equipaje me dejó maravillado, levantaba aquel bonito trofeo y dejaba al Dream Team de Johan Cruyff sin un título que ya nunca podrá conseguir el club azulgrana.

A todo esto, aquella gran final, llena de colorido y parafernalia (recuerdo que Raí fue nombrado mejor jugador del partido y se llevó de regalo un Toyota Celica), se jugaba en Tokio (Japón). Por aquel entonces, ese niño de 9 años ya andaba loco con las aventuras de Oliver y Benji, serie de dibujos animados que emitía Telecinco, “*tu cadena amiga*”. Lo que yo no sabía en aquel momento es que entre ambos eventos, el país nipón actuaba como nexo común.

Pero empecemos desde el principio. Como en tantos otros lugares del mundo, el fútbol llegó a Japón gracias a los ingleses. A finales del siglo XIX, en concreto en el año 1873, la Armada Británica lleva el *foot-ball* a la ciudad de Yokohama.

Sin embargo, nuestro amado juego no tiene apenas impacto y queda relegado por deportes como el sumo, el kárate o incluso el baseball, importado directamente desde Estados Unidos.

A pesar de todo, en 1921 nace la competición futbolera más antigua de Japón, que sigue vigente a día de hoy: La Copa del Emperador. Dicho torneo, pasa a tener sede y fecha fija a partir de 1967. Cada 1 de enero sirve para cerrar la temporada en el estadio Olímpico de Tokio.

La liga ‘profesional’ se crea en el año 1965. En un principio nace gracias al empeño del gobierno nipón por relanzar el fútbol en todo el país. Es por ello que se anima a las grandes empresas a que sean las dueñas de los distintos clubes. De esta forma, Hitachi, Mazda, Mitsubishi o Toyota, pasan a ser las dueñas de los primeros clubes profesionales. Por supuesto, las plantillas están integradas por los propios trabajadores que reciben permisos especiales para poder acudir a entrenar.

La cosa prometía, sobre todo después de que Japón consiguiera su primer gran éxito a nivel internacional con la medalla de bronce obtenida en los Juegos Olímpicos de México en 1968.

Conviene detenerse un instante y analizar la gesta de los japoneses en esas Olimpiadas. Japón quedó encuadrada en un grupo muy complicado junto a España (campeón de la Eurocopa en 1964), Brasil (campeón del Mundo en 1958 y 1962) y Nigeria.

La selección del Sol Naciente consiguió una victoria por 3-1 contra los africanos. Pero lo realmente meritorio fueron los empates obtenidos tanto contra España como contra Brasil, lo que les serviría para pasar a la siguiente ronda. Allí, se verían las caras con Francia, otra potencia, a la que derrotaron por 3-1 en cuartos de final. Ya en semifinales, la poderosa Hungría les pasó por encima (5-0). La final por el bronce la jugarían contra México, anfitrión, y los japoneses saldrían vencedores por 2-0 dando, una vez más, la sorpresa.

Aquella mítica plantilla que hizo historia estuvo integrada por nombres como Yokohama, Katayama, Yamaguchi, Kamata, Mori, Ogi, Miyamoto, Watanabe, Kamamoto, Matsumoto, Sugiyama. Todos ellos dirigidos desde el banquillo por Okano Shunichiro.

Sin embargo, aquel gran éxito no se vio reflejado en un impacto demasiado apreciable. La liga continúa sin generar interés para los japoneses y los estadios apenas registran afluencia de público (unos 10.000 espectadores de media). Una de las soluciones es la llegada de fichajes extranjeros, que provoca que grandes estrellas del momento tenga un retiro dorado en el país asiático. Además, en 1977, Yasuhiko Okudera es el primer futbolista japonés que ficha por un club extranjero, en concreto el Colonia alemán.

Pero nada tendría comparación con la explosión que se produjo en 1980. Dos años antes, Yoichi Takahashi viaja a Argentina para presenciar en directo el Mundial de Argentina 1978. Su experiencia sería definitiva para dar el empujón final al fútbol en su país de nacimiento.

De la cabeza de Takahashi nacerían los futbolistas que realmente significaron un antes y un después para el fútbol japonés: Tsubasa Ozora y Genzo Wakabayashi, o lo que es lo mismo, Oliver Atom y Benji Price.

Ellos, junto a otros como Mark Lenders, Tom Baker, Paul Diamond, Bruce Harper y un largo etcétera, fueron los personajes principales de la serie ‘Captain Tsubasa’, en España ‘Campeones’ o simplemente ‘Oliver y Benji’. El manga se convirtió en serie anime y fue un auténtico éxito a nivel mundial y, por supuesto, también en Japón, cuyas escuelas de fútbol directamente colapsaron ante la gran demanda de niños que querían practicar el deporte de sus personajes favoritos.

Seguramente ninguno llegó a ejecutar el tiro combinado ni mucho menos la catapulta infernal de los hermanos Derrick, pero lo que está claro es que desde entonces y hasta nuestros días, la futbolmanía ya no abandonó un país que pasó a ser importante en el panorama internacional.

El propio creador de la serie manifestó en varias entrevistas que, como es lógico, se inspiró en varios futbolistas de la vida real para dar vida a sus personajes. Sin ir más lejos, el gran triunfador de aquella Copa del Mundo, Mario Alberto Kempes, tiene muchas semejanzas con Oliver Atom, protagonista principal del cómic y posteriormente de la serie de animación.

Ese mismo año, 1980, tuvo otro gran acontecimiento que terminó por asentar la locura futbolera en Japón. Como comentábamos al inicio, Tokio se convertía en sede oficial de la Copa Intercontinental que enfrentaba cada año al campeón de Europa contra el campeón de América. Hasta ese momento, ambos contendientes se jugaban el título a ida y vuelta en sus respectivos estadios, a partir de entonces, Japón sería la sede del partido que debía decidir el mejor equipo del mundo cada año.

El ganador del torneo, recibía además un segundo trofeo, la Copa Toyota, lo que nos deja bien claro la inversión de las marcas niponas en este ‘nuevo’ deporte que cada vez contaba con más adeptos a lo largo y ancho del país.

Para los amantes del fútbol retro, entre los cuáles me encuentro, la Copa Intercontinental es uno de los recuerdos más bonitos de la infancia. Aquella competición nos permitió ver duelos históricos que todavía quedan en nuestra memoria y que, por razones geográficas obvias, eran del todo imposibles a lo largo de la temporada.

El Oporto-Peñarol de 1987, con el campo totalmente nevado, el Milan de Sacchi consagrándose como el mejor club del planeta venciendo primero al Atlético Nacional colombiano y después al Olimpia de Asunción paraguayo (en 1988 y 1989 respectivamente) o el citado al inicio del capítulo entre el Sao Paulo y el FC Barcelona.

Los aficionados japoneses pudieron disfrutar durante más de 20 años de los mejores clubes del mundo. Primero en Tokio, después en Yokohama. Además, para hacernos una idea del nivel de aquellos partidos, lejos de lo que muchos puedan pensar, la igualdad reinó en los duelos entre equipos sudamericanos y europeos. De hecho, si tenemos en cuenta todas las ediciones (desde 1960 hasta 2004 cuando se crea el Mundialito de Clubes) el balance es ligeramente favorable a los primeros por 22 títulos a 21.

Mientras tanto, la selección japonesa seguía creciendo a pasos agigantados. De hecho, después de muchos años de fracasos, Japón logró clasificarse por primera vez para una Copa del Mundo en el año 1998, edición celebrada en Francia. Desde ese momento, los nipones han estado presentes en todos los Mundiales.

Cierto es que en su primera experiencia mundialista, Japón cayó derrotado en los tres encuentros que disputó. De hecho, finalizó el campeonato en la penúltima posición. Eso sí, aquello sirvió para seguir creciendo y como primera toma de contacto para todo un país y una generación de futbolistas que no estaban para nada acostumbrados a este tipo de citas.

En 2002, Japón y Corea del Sur se convierten en los organizadores del campeonato. Es verdad que los aficionados españoles no guardamos un buen recuerdo de aquel Mundial, sobre todo de aquel histórico cruce con los coreanos en los fatídicos cuartos de final donde, gracias en gran parte a un lamentable arbitraje, tuvimos que hacer las maletas de regreso a casa. Sin embargo, para Japón, y para el resto de Asia, fue la consagración definitiva de la ‘fútbolmania’.

Conviene destacar que el hecho de que Japón y Corea del Sur se pusieran de acuerdo para ser los organizadores de aquel campeonato del mundo, sobre todo teniendo en cuenta la gran rivalidad que ambos países mantienen desde hace muchos años. De hecho, aunque muchos pudieran pensar que el gran rival de Japón es China, no es así.

Esta rivalidad entre japoneses y coreanos se explica, en parte, por el hecho de que el Imperio de Japón ocupara el territorio de sus vecinos durante 35 años. De hecho, no es hasta los Juegos Olímpicos de 1948, celebrados en Londres, cuando los atletas coreanos participan representando a su país. Como es lógico, una de las motivaciones de ambas aficiones era llegar más lejos que su rival en aquel Mundial de 2002.

Los japoneses lograron el primer puesto de su grupo en la primera fase. Ya en octavos, cayeron derrotados contra Turquía que en aquel momento contaba con una selección muy potente. No en vano, los turcos fueron capaces de finalizar en tercera posición en aquella edición derrotando, precisamente, al otro anfitrión, Corea del Sur.

Desde entonces, cuatro títulos de campeón de Asia, convierten a Japón en la gran potencia del continente y uno de los combinados cuya evolución está siendo más grande en los últimos años. Técnicos europeos están llegando al país para hacerse con las riendas tanto de la selección absoluta como de las distintas escuelas para llevar a cabo un trabajo en el fútbol base que se antoja fundamental en el devenir y el futuro del fútbol japonés.

Una de las cosas que llama la atención cuando observamos a la selección de los ‘Samurais Azules’ es precisamente esa, el color de su camiseta. Japón es uno de esos combinados nacionales que salta a jugar con una camiseta cuyo color no coincide con el de su bandera. Según parece, el color azul se eligió porque es en el que más destaca precisamente la bandera nipona. El propio **Saburo Kawabuchi,** directivo de la federación japonesa de fútbol en los años 90, así lo afirmó en alguna ocasión.

Como dato curioso decir que Japón llegó a vestir durante unos años de rojo (entre 1988 y 1992), pero al no lograr clasificarse ni para el **Mundial de Italia celebrado en el año 1990,** ni para los **Juegos Olímpicos** de 1992, decidió no volver a hacerlo más.

No sabemos lo que deparará el futuro del fútbol en Japón. Lo que está claro es que en lo que respecta a la liga doméstica, Japón y China rivalizan por convertirse en la dominante. Es cierto que los chinos han conseguido reclutar a muchas más estrellas que sus vecinos, pero también lo es que los nipones comienzan a recuperar el terreno perdido. Sin ir más lejos, Andrés Iniesta, David Villa y Fernando Torres, todos ellos campeones del Mundial de Sudáfrica con España en el año 2010, se han calzado las botas (e incluso las han colgado) en la J-League. No cabe duda que el nivel ha subido, más aún si tenemos en cuenta que hace ya algunos años al que enviamos a la liga japonesa fue a Julio Salinas (dicho esto con todo el respeto y cariño del mundo).

Desde luego, los que recordamos aquellos partidos interminables entre el New Team y el Tohu, las chilenas imposibles de Oliver Atom o los trallazos de Mark Lenders, jamás hubiéramos imaginado que disfrutaríamos de un futbolista de dibujos animados como el bueno de Andrés Iniesta en la vida real, el cual, con su histórico gol contra Holanda, nos iba a dar un Mundial e iba a terminar su carrera en el país que vio nacer a los personajes que nos volvieron locos cuando éramos niños.